Parto en la madrugada

Autor: Manolo Campa

Mi vecino de la acera de enfrente hace pocos años que llegó de Cuba. Hemos hecho buena amistad. El es afectuoso, servicial y habla con gracia y simpatía criolla que me transporta al pasado… a la esquina del barrio donde nos reuníamos los amigos. Su esposa también ha hecho buenas migas con la mía. Mi mujer le facilita recetas de cocina y ella le da consejos de jardinería. Ellos llevan nombres rusos; nacieron durante la "ocupación" soviética de la Isla. Tienen dos hijas. Una casada y la otra haciendo gestiones para casarse. Los nombres de ellas son de esos, a la usanza actual, formados por un grupo de silabas precedidas de una "Y". Por más que he tratado de pronunciarlos bien, no he podido. Para obviar esto y poder mencionarlas en este artículo, llamemos a la mayor: "Yoteví" y a la menor: "Yonofuí".

Meses atrás, mi mujer me comunicó, con la discreción, claro está, con que las personas prudentes cuentan un chisme y con la satisfacción del periodista que da una noticia de última hora, que Yoteví estaba en "estado interesante". También me informó que "nos" habíamos brindado para acompañar a nuestros vecinos en el hospital el día del parto.

Pasados los meses requeridos, llegó el día del alumbramiento y cuando nos avisaron del acontecimiento, nos fuimos hacia el hospital a esperar la llegada de la "cigüeña". Al llegar al salón para los familiares de las que están en "labor", ya los estaban acompañando un montón de familiares, la mayoría de ellos mujeres.

Mi vecino, dos primos de él y yo éramos la "minoría silente", rodeados y atormentados por aquel grupo estrepitoso de señoras con experiencia en partos por haber dado a luz hacía dos meses, dos años, veinte años… por primera vez, por más de una vez y hasta seis veces la "decana", que era la más elocuente. Aquello parecía una convención de comadronas contando sus vivencias gloriosas.

El futuro abuelo y sus primos se enfrascaron en una conversación sobre béisbol, boxeo y otros temas masculinos en los que yo podía participar, pero en los que no participé porque se acercaba la medianoche y el sueño me vencía. Estaba entre ellos, en silencio, como esas estaciones de radio con licencia limitada que se van del aire cuando dan las doce de la noche.

El esposo de Yoteví, un joven de buena posición económica (no, no es médico ni abogado, es plomero), vestido todo de verde, disfrazado de cirujano o de habichuela, con un gorro en la cabeza y otro en cada pie, de vez en cuando venía a darnos informes sobre lo que sucedía en el "labor room". El "abuelo to be" aprovechaba para tomarle en cada salida una foto con un grupito diferente de familiares.

A la media noche, en vista de mi comportamiento antisocial al no participar en los diálogos o prestar atención a los movidos debates sobre partos y pospartos, mi mujer tuvo la brillante idea de mandarme a dormir sobre una camilla que estaba abandonada en un rincón… y eso hice.

Sólo dormí un poquito porque a la una y media de la madrugada nació la nueva vecinita. Cuando me despertó la algazara que llegaba del salón de espera hasta donde estaba yo sobre la camilla perdida, las damas que formaban aquella "mayoría parlante" ya habían visto a la recién nacida y habían repartido los "parecidos": Los deditos de las manos y el pelito negro "erizado" como su padre. La boquita sin dientes como la de la bisabuela cuando se quita la dentadura postiza y la coloca dentro de un vaso con agua sobre la mesita de noche. Las cejas y las pestañas largas como la última "Miss Universo". El llanto escandaloso como los alaridos del otro abuelo cuando algún pelotero de los "Marlins" hace una mala jugada. Los cachetes como una abuela, la barbilla y la nariz como la otra.

Mi mujer se opuso a que yo sugiriese al padre y al abuelo de la criatura, un nombre con i griega, de mi inspiración, basado en las ansias con que todos esperaban su llegada: Yaquiestoi

EN SERIO:

No creo equivocarme cuando pienso que todavía un buen número de los cubanos que se encuentran en el exilio, siguen anhelando la liberación de su patria. De esos, unos se sienten optimistas; los demás dudan de que la Isla se vea algún día libre del oprobioso régimen que la esclaviza.

¿Qué el problema de Cuba es cuestión de meses, de unos años?... Es posible, pero no probable. ¿Qué el problema de Cuba es cuestión de muchos años?... Tal vez… Ahora bien, por sobre todas esas especulaciones, lo mas sensato y correcto, es hacernos la idea de que, pese a todo, la liberación de Cuba llegará en su día. En esta idea o pensamiento tenemos que poner lo mejor que llevamos dentro. La Historia nos demuestra que las batallas más difíciles se ganaron, más que con las armas, con la convicción, con la fe de los generales en la victoria.

Si en algún momento la depresión nos invade, y el entendimiento se oscurece de tal forma que nos derrotamos nosotros mismos, al extremo de no ver el más mínimo destello de esperanza, nunca mejor ocasión para refugiarnos en el pensamiento de nuestros mayores, de nuestros héroes, de nuestros mártires, y llenarnos de la inmensa fe que alumbrara en aquellas almas, que gracias a esa fuerza espiritual, pudieron arribar con el corazón henchido de gozo y las mejillas cubiertas de lágrimas, a la esplendorosa mañana del 20 de Mayo de 1902.

"Perder una batalla no es mas que la obligación de ganar otra". José Martí